

nes, no sólo en lo nuevo, sino en lo antiguo que se dilata hasta la actualidad con ramas cada vez más verdes. Y si no, ahí está el movimiento poético clasicista de ahora. (Nuevamente la sugerencia de Gide: «... toda obra de arte duradera es aquélla capaz de satisfacer apetencias renovadas»).

Todas estas ideas, que seguramente saldrán a luz en algún manifiesto o exposición que las ordene y exteriorice, constituyen, a mi parecer, la médula de la «Alianza de Intelectuales Españoles para la Defensa de la Cultura».

Es posible que en Chile—y ya Enrique Espinoza esbozaba empresas a fines del año pasado—se haya organizado o pretenda organizar alguna entidad de índole semejante. Pero dado este paso esencial, es necesario ponerse en contacto con los demás países de América, y luego con los de Europa, empezando por España. Porque los países hispanoamericanos deben estar junto a España en esta cruzada. Así lo exige la tradición y la hora que vivimos.

### América y la nueva poesía de Alberti

En 1934, «Cruz y Raya» editó en un tomo la obra completa de Rafael Alberti, tomo en que quedaba comprendida toda la labor poética de este poeta desde 1924 a 1930, o sea, desde su primer libro «Marinero en tierra» hasta la elegía cívica «Con los zapatos puestos tengo que morir», elegía que marca el período de crisis de la poesía de Alberti. Esos primeros años poéticos los considera Alberti como un «ciclo cerrado (contribución mía, irremediable, a la poesía burguesa)». A partir de esta declaración, la obra y la vida «están al servicio de la revolución española y del proletariado internacional».

Su última obra «13 bandas y 48 estrellas»—poema del mar Caribe—cabe exactamente dentro de la nueva modalidad de la poesía de Alberti, es el poema de alerta y de lucha dado a los países de América contra el imperialismo yanqui. Es curioso que

sea un español quien después de Rubén Darío—el Darío de la imprecación «A. Roosevelt»—levante con más potencia su advertencia poética a los países de América manejados, absorbidos y acribillados por el dorado letargo del dólar.

Un viaje por Norte América, América Central y parte norte de América del Sur, le ha servido a Alberti de estímulo a su poesía. Los motivos son entonces Nueva York y Wall Street, México, Cuba, el Mar Caribe, Panamá, Nicaragua, Venezuela, etc. La forma, ¡ah, la forma!, como sólo Alberti sabe tejerla, con las más variadas combinaciones, con los giros y cambios de oficio de las palabras más audaces sin caer en la bisutería, con variedades métricas que van desde el soneto broquelado en antiguos cerrojos hasta la estrofa de ritmo libre, pasando por la música verbal de algunos aires populares. Es Alberti un indiscutible maestro de la forma poética, un virtuoso extraordinario, que ha sido capaz de cincelar las estrofas de «Cal y Canto» y escribir aquella «Soledad Tercera» que en nada desmerece de la prodigiosa orfebrería del poeta cordobés.

Pero vamos a la corriente de este río de tan admirables curvas y reflejos. Hay un sentimiento central que guía e impulsa las aguas: la recia sensibilidad de un poeta que se alza en indignación ferviente contra la matemática tramoya de Wall Street y de sus máquinas aspiradoras de polvo aurífero en la alfombra tropical y virgen de nuestra América. Poesía varonil, compenetrada de lo que es la época, lejos, lejos del siglo XIX, que tanto subsiste aún en literatura, especialmente en aquéllos que se creen más modernos, poesía empapada de la tragedia social, pero que marcha recta hacia la finalidad fértil. Porque el imperialismo no es sino un canto de esta realidad social y Alberti no es un turista que se pasea por las orillas de los océanos: es desde dentro, del Gulf Stream que marcha hacia el porvenir, de donde capta esta realidad de la nube de langostas del arte sobre la verde pradera del sur. Sorda y profunda protesta, más que protesta, indignación contra ese retintín pertinaz que

va por «la América ingenua que aun reza a Jesucristo y aun habla en español», retintín dorado como una campanilla que adormece e impide ver el tablado de la escena—gorro blanco de marinero, tableteo de ametralladoras, casaca diplomática chorrada de azúcar y petróleo—y presidiendo, como en los antiguos tiempos de la comedia griega, la diosa Libertad, la enorme, la inmensa Libertad, mostrando los caminos de la fácil conquista, o como lo dice Alberti: «La Libertad!, ¡tu Libertad!, a obscuras—su lumbré antigua, su primer prestigio,—prostituída, mercenaria, inútil,—baja a vender su sombra por los puertos». Es contra esta tramoya urdida implacablemente y contra los secuaces de esta red que ayudan como mediadores eficaces desde sus puestos gubernativos, o bien de directores espirituales, secuaces «nativos» y amos despiadados de sus propios conciudadanos. Y baste la desgraciada memoria—desgraciada por tantos sentidos—del ex presidente Gómez.

Como español y sintiendo la voz que la sangre resucita en lo más profundo de la sensibilidad poética de Alberti, es que se une a la desgarradora pregunta de Darío: «¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?». Y unido al problema racial y cultural afines, la solidaridad del trabajador intelectual con los que trabajan, tanto en Europa como en América, con la misma argolla sobre los brazos y la garganta sudorosos.

La ideología, sentida con un calor de fuerza, unida a la emotividad y perfección formal de este itinerario poético, hacen de la obra de Alberti de que doy noticia, una de las más logradas de su presente actitud. Es admirable el poder sintético de Alberti para condensar a veces en una estrofa y hasta en un solo verso todo un problema o una situación. Cuba parece ser el centro de la emoción poética del libro. (Es digno de anotarse: Cuba mantiene en España una presencia constante, un amor desgarrado de último hijo en desgracia, una filtración de sangre dolorosa que corre por las venas españolas con un sabor agridulce. Cuba es para España como el índice levantado de América,



como la mano cimbreante del que aun se despide antes de ahogarse en la lejanía. Cuba vive aquí como un recuerdo que todavía palpita). Y es este recuerdo el que aparece con más profunda emotividad en los versos de Alberti, adentrándose en su infancia para darle y revestirlo de ternura, ternura que da la nota suave, como un acompañamiento de sordina, en la briosidad de las estrofas albertianas. Leed ese «Cuba dentro de un piano», en que ni siquiera falta el tono humorístico tan propio de Alberti, ni la virtuosidad musical de las palabras, humorismo mezclado en este caso con una resonancia de angustia: «Pero después, pero ¡ah! después—fué cuando al sí—lo hicieron yes».

Sus reiterados llamamientos a la unificación, que nosotros americanos no debemos cansarnos jamás de repetir, a la deposición de prejuicios raciales, para enfrentar el verdadero peligro. «Los yanquis vienen volando,—urracas azucareras,—urracas que urraqueando—hasta nos están llevando—el aire de las palmeras.—Negro, da la mano al blanco.—Mano a mano,—contra el norteamericano».

Y esta magnífica concreción de la última fase histórica de Nicaragua: «Se fueron ya los marinos.—Los yanquis firman la paz...—pero matando a Sandino». Y termina el libro con el «Yo también canto América», uniendo su voz blanca a la negra de Langston Hughes, poema que debiera recitarse frente a cada corazón americano, que debiera sonar en cada corazón americano, como una corneta de reunión.

### Herrera y Reissig en caballo verde para la poesía

«Caballo Verde», afirmado en un prestigio ineludible por la calidad poética de sus colaboradores, galopa en la poesía española, abriendo ancho campo novedoso. Pablo Neruda—jinete de voz a borbotones, como salida de una imprevista cueva de sangre, que dice Alberti—inunda cada vez más su influencia en la joven generación, en la más joven, en la que más promete.